

NOTAS ACERCA DE LA FORMACION DE LA IDEOLOGIA GALLEGUITA DURANTE EL PERIODO DE ENTREGUERRAS

Por FRANCISCO J. BOBILLO
Universidad Complutense

El nacionalismo gallego que, al igual que sus homólogos vasco y catalán, se manifiesta inicialmente mediante la acción y la construcción doctrinal de pequeñas minorías liberal-conservadoras y republicanas, modificaría posteriormente sus principales rasgos ideológicos. Una de las principales causas fue, sin duda, el destacado papel dirigente atribuido a un grupo fuertemente influido por lo que ha sido llamada la «versión orgánica» del nacionalismo. Esta doctrina, entre cuyas constantes más frecuentes figuran la definición de los criterios (identidad, sentimiento nacional, pertenencia, pureza, soberanía, etc.) a través de los cuales se ha de conseguir la «regeneración nacional» y, a su través, la plenitud individual y colectiva, impregnó, en buena medida, las formulaciones nacionalistas gallegas durante la década de 1920 a 1930, prolongándose su influencia hasta 1936.

Estas notas pretenden exclusivamente apuntar algunas de tales influencias, más acusadas en Galicia que en otras nacionalidades españolas, debido también a la peculiar estructura y situación socioeconómica gallega.

1. LAS PRIMERAS FORMULACIONES LIBERALES

Si el nacionalismo europeo de buena parte del siglo XIX tuvo un claro componente integrador, al agrupar a los ciudadanos en la mística de la

nación, la evolución que conocería al iniciarse el siglo XX le había de llevar, por lo general, a abandonar aquel inicial rasgo distintivo. Las ideas generalizadas con la Revolución francesa y la independencia americana y el incremento de la función directiva que las burguesías cobran a partir de entonces motivaron también el paulatino abandono de las doctrinas estamentales que propugnaban los defensores del *Ancien Régimen*. La sociedad dividida en castas prácticamente impermeables y la casi ausencia de movilidad social perdería buena parte de su legitimación ideológica al extenderse las doctrinas de la igualdad entre los hombres con enorme fuerza expansiva.

La quiebra del modelo feudal, sobre el cual gravitaba la monarquía simbolizando la unión espiritual entre Estado y Nación, habría de proporcionar a esa burguesía la posibilidad de acceder y extender su influencia en un mercado mucho más extenso que el limitado por las fronteras del feudo: el mercado nacional. Y este nacionalismo integrador, influido por el liberalismo y el espíritu de las luces, apenas se planteaba los problemas de las «minorías nacionales». Sin embargo, ese nacionalismo decimonónico que buscaba la cohesión nacional en correspondencia con la expansión económica y los postulados de la voluntad general cambiaria, posteriormente, de orientación al ir asumiendo corrientes ideológicas de signo muy diverso. Corrientes que, a su vez, significaban legitimaciones o respuestas a las nuevas problemáticas.

Se advierte, incluso, como la propia ambivalencia rousseauiana al manifestar, de una parte, su nostalgia romántica por las ciudades medievales y sus instituciones y, por otra, propugnar el fin de la desigualdad entre los hombres, fue la causa de que el *Contrato social* conociese, desde un principio, dos interpretaciones contradictorias. Así, mientras unos ven en el *Contrato* una afirmación de la bondad natural del pueblo y, por tanto, una cerrada defensa de las formulaciones iniciales más directas de la democracia total, otros, en cambio, han querido ver en Rousseau un precursor de los posteriores doctrinarios conservadores e incluso totalitarios.

De lo que no cabe duda alguna es de que en el moralista Rousseau (que cuando niño se creía, según propia confesión, griego o romano) el tradicionalismo figura entre los componentes de su doctrina, pese a la difícil tarea devenencia entre pacto social y tradición (1). Y que ese tradicionalismo, interpretado o no como contrarrevolución, está presente en buena medida en las primeras formulaciones teóricas del nacionalismo.

(1) E. Tierno Galván: *Tradición y modernismo*. Madrid, 1962, pág. 53.

Posteriormente, Renán en Francia, Carlyle o Ruskin en Inglaterra, Mazzini en Italia, Fichte, Herder o Scheleimecher en Alemania, los historicistas, muchos románticos y otras corrientes del pensamiento europeo fueron conformando el nacionalismo a lo largo del siglo XIX (2). Entre todas ellas, poniendo el acento en uno u otro componente según los casos, consiguieron que, en las primeras décadas del nuevo siglo, la ideología nacionalista que difundían y propugnaban en Europa políticos y escritores apenas tuviera algo más que leves coincidencias con las ideas surgidas de la Revolución francesa.

2. CAMBIO DE INFLEXION IDEOLOGICA

No existe, sin embargo, una división tajante entre ambos períodos que permita formular una taxonomía de signo histórico explicativa de las etapas cronológicas que cada caracterización ideológica ha ocupado. Los intentos existentes en tal sentido han sido oportunamente criticados (3) con argumentos que ofrecen una difícil refutación. Pero aún sin pretender tal tipología, puede admitirse que la primera guerra mundial y todas sus consecuencias significaron, más que un corte, un cambio de inflexión, sobre todo en lo que se refiere a Europa, con respecto a las ideologías que nutren primordialmente a las doctrinas nacionalistas.

Porque, además, la nueva situación replantea también el conflicto que los nacionalismos establecen entre derechos-libertades individuales y derechos-libertades colectivos. Y aunque el incremento de la tendencia a admitir y conceder (conquistar) derechos colectivos a (por) minorías culturales, étnicas, religiosas, etc., por parte de los Estados europeos, no significó que aumentase la satisfacción y lealtad hacia el Estado, sino que, por el contrario, detuvo el proceso integrador, esto no provocó, por lo general, una inversión de la tendencia (4). El nacionalismo, que se extiende con las crisis del período, es, de este modo, al propio tiempo, generador también de crisis. Y con su carácter poroso, presto a absorber ideologías

(2) Para una caracterización detallada del nacionalismo decimonónico y su posterior evolución pueden verse, entre otras, las obras de C. Hayes, *Historical Evolution of Modern Nationalism*, Nueva York, 1931; B. Azkin, *Estado y nación* (trad. esp.), México, 1968; F. Hertz, *Nationality in History and Politics*, Nueva York, 1944; H. Kohn, *The Idea of Nationalism*, Nueva York, 1944.

(3) A. D. Smith: *Las teorías del nacionalismo*, trad. esp., Barcelona, 1976, págs. 273 y sigs.

(4) B. Azkin: ob. cit., pág. 103.

de muy diverso signo (5), fue, rápidamente, instrumentalizado por las doctrinas que respondían a la crisis desde los ángulos más diversos. El período de entreguerras es, predominantemente, una etapa de crisis para Europa; la victoria de las democracias en 1918 se mostraría de inmediato efímera al sucederse por toda Europa los régímenes totalitarios.

Por lo que respecta a Galicia, el período de entreguerras —referido solamente hasta 1936 por razones obvias— es también la etapa de auge, extensión y afianzamiento del nacionalismo gallego desde las *Irmandades da Fala* (1916) hasta el *Partido Galeguista* (1931). A lo largo de estos quince años, la elaboración teórica, la difusión cultural e ideológica, a través de los escasos instrumentos permitidos durante la dictadura de Primo de Rivera, permitirán que en las Cortes constituyentes de la II República puedan sentarse diputados nacionalistas.

Durante esta etapa Vicente Risco (1884-1963) fue el inspirador y el dirigente máximo del nacionalismo gallego agrupado en torno a las *Irmandades*. El, primordialmente, elaboró buena parte de los supuestos teóricos y doctrinales y en sus concepciones aparecen, entremezcladas, casi todas las ideologías de la crisis. Esa crisis que, en 1920, describía con el tópico crepuscular spengleriano al decir:

«Estase vendo a crise do europeísmo. E o sol posto de unha civilización. Os valores millores asentados na concencia europea, afondan coma barcos vellos que tiveran as táboas apodrecidas...» (6).

formulación que coincidía con la expresada por buena parte de sus correligionarios y que expresaba un pesimismo apocalíptico común entre los pensadores conservadores.

El período de entreguerras en Galicia, que comienza con la primera experiencia electoral galleguista de febrero de 1918 (en las que el galleguismo no obtuvo ningún acta), conoce tres etapas, caracterizadas por el régimen político español existente en cada una de ellas:

1. De 1918 a 1923 es la época de las Asambleas galleguistas, la elaboración doctrinal y los comienzos de organización política.

(5) A. de Blas Guerrero: «Notas en torno a las nacionalidades y su transcendencia política», en *Boletín Informativo del Departamento de Derecho Político*, núm. 1, otoño 1978 (UNED).

(6) V. Risco: *Teoría do nacionalismo galego*, Orense, 1920, págs. 30-1.

2. De 1923 a 1931 el acento se sitúa —por la ausencia de libertades— en la difusión de la cultura gallega. Además de la literatura y el arte destaca el interés —común en muchos nacionalismos— por los estudios históricos, filológicos y etnográficos.
3. De 1931 a 1936 la acción política se coloca en primer plano. Organización y extensión del *Partido Galeguista* y empeño tenaz hasta la consecución del Estatuto.

A lo largo de las dos primeras etapas, Risco, como se ha dicho, asume la tarea de proporcionar un *corpus* ideológico al nacionalismo gallego. Para ello, partiendo de unos supuestos comunes al grupo intelectual pequeñoburgués que capitaneaba, asumiría buena parte de la doctrina de los ideólogos conservadores europeos que estaban en boga en su tiempo.

La ambigüedad en la mayor parte de las formulaciones, el sistemático carácter no unívoco de los conceptos de nación, nacional, nacionalismo, sentimiento nacional, etc., que venía arrastrándose —y no sólo en Galicia— desde el siglo pasado, adquieren, de este modo, una bábelica confusión que explica las dificultades de concreción de una doctrina. Como ocurre con frecuencia, el éxito de una idea está en su indefinición. Y en el caso del nacionalismo gallego, su carácter difuso, indeterminable empíricamente, presto a ser manipulado por cualquier ideología que conceda cierta prevalencia interesada al reconocimiento o fomento de ese específico sentimiento de solidaridad frente a otros, le hizo bifurcarse por toda clase de caminos. Desde la manipulación estalinista hasta la versión hitleriana, el nacionalismo europeo de entreguerras conoció toda suerte de interpretaciones.

El régimen de «protección de las minorías», tan generalizado en la Europa de entreguerras, plasmado en convenios internacionales y supervisado por la Sociedad de Naciones, contribuyó también a que los grupos minoritarios comenzasen a dar preeminencia a alguno de sus rasgos específicos. Si bien cada grupo puso el acento en aquella nota diferencial que correspondía a su particular visión del mundo, hay, con frecuencia, un hecho común: los grupos minoritarios dieron mayor prevalencia al derecho del grupo a la afirmación de un rasgo propio (lengua, religión, etnia, etc.) que no al derecho de los componentes del grupo a las mismas oportunidades jurídicas, políticas o económicas (7).

(7) Azkin, ob. cit., pág. 154.

3. ESPECIFICIDAD Y PRESTIGIO DE LA PERTENENCIA

Los teóricos alemanes, al desarrollar las ideas de sus predecesores románticos y transformar la idea de nación como *staatvolk* y reivindicar el indefinible *volkgeist* estaban incluyendo la noción de prestigio en la pertenencia a una determinada comunidad. La nación, de este modo, concepto tan polivalente entonces y, en algunos casos, incluso ahora, comienza a cobrar una matización de orden estimativo (8) diferente del que había tenido el concepto de *patria* antes de la Revolución francesa.

La leyenda y mitificación de la misión mesiánica —cuya realización queda autoasignada a quienes se erigen en los auténticos intérpretes de la misma— ha de llevarse a cabo principalmente a través de la conservación y mantenimiento de la peculiar especificidad del «grupo considerado como nación» (9).

Así, cuando se afirmaba:

«Galicia ten o deber de contribuir a civilización universal. E somentes preservand'as nosas enerxías, a nosa capacidá de creación, e como poderemos contribuir á civilización universal... O noso *deber nacional* obríganos a conservar y-a desenvolvar a tradición galega na fala, na arte, no pensamento, no dereito, no traballo... O noso *deber nacional* obríganos ó cultivo constante, sen descanso, da nosa orixinalidade, qu'e a que pode dar valor universal as nosas creaciós, a que nos pode levar a sermol-os forxadores d'unha civilización» (10).

se estaba, en realidad, definiendo algunas de los componentes del *ethos* diferenciador, debidamente dramatizado mediante la función mesiánica redentora.

El proceso de elaboración ideológica que Risco emprendía, en esta etapa inicial al menos, había de conocer un desarrollo que puede ser explicado del siguiente modo:

En primer lugar, al vincular a un futuro idílico un pasado legendario convenientemente mitificado, se determinan los rasgos de especificidad y permanencia de un grupo. A continuación a esa comunidad, definida ya

(8) M. Weber: *Economía y sociedad*, trad. esp., México, 1974 pág. 679.

(9) Ibídem, pag. 682.

(10) Risco, ob. cit., pág. 28.

como nación, se le asigna la misión redentora. Y, por último, se reivindica la tarea iniciática, sacerdotal y mesiánica de una minoría de «adelantados» en esa misión. Definir la ideología y dirigir la acción, ésa es la función que se autoasume. Pero siendo tan similar, en la práctica, a la desempeñada por cualquier otro dirigente político destacado (y por tanto vulgar, sin grandeza y «filistea»), es conveniente dotarla de unas notas cuasireligiosas que la enaltezcan. De este modo una función y un rol, a menudo burocrático y poco atractivo para espíritus selectos, quedaba elevada a la alta consideración de tarea profética portadora de una misión providencial.

Las creencias, las costumbres, el folklore, los métodos de trabajo y la distribución del hombre en la tierra, la religión, la tradición y la familia, todo el conjunto de *mores*, la lengua, etc., definían la singularidad del grupo. Nada hay —según esto— más universal que lo particular. Risco y sus correligionarios, con una decidida voluntad de diferenciación personal desde que en su primera juventud habían comenzado a repetir el famoso «ser diferente es ser existente», socializaría, de este modo, su propia especificidad. Abandonaban la «torre de marfil» individual para construir la torre de marfil nacional.

El romanticismo tradicionalista, exaltador de las glorias mitificadas de un pasado descrito desde la óptica mágica o quimérica, estaba, como se advierte sin esfuerzo, muy presente en estas concepciones. Pero en la singular fuerza doctrinal y teórica que en esta época cobró tuvo decisiva influencia la expansión de las doctrinas de la escuela histórica alemana.

La influencia de Savigny y, en general, de la *Kulturgeschichte* era, además, sumamente conveniente para el nacionalismo gallego del período citado. Pues si, de un lado, encajaban perfectamente dentro del complejo mosaico ideológico, de otro resultaban un magnífico argumento legitimador para una buena parte de los componentes del mosaico. Asumido perfectamente el historicismo posthegeliano, podría decirse audazmente:

«A historia e a maestra da vida, non somentes pola sua eixempraridade; non somentes por ser o presente e mais o futuro meros desenlaces do pasado; non somentes por conteñer as leises biolóxicas dos organismos colectivos; a historia e a maestra da vida, pola sua siñificación mística e simbólica» (11).

La historia era, para Risco, la «ciencia» del siglo XX, al igual que, según su criterio, lo había sido la filosofía en el siglo pasado. La historia,

(11) Ibídem, pág. 22.

considerada como teofanía e instrumentalizada de este modo (12), permite el alejamiento de un presente que, aparentemente tangible, es, para ellos, no obstante, químérico y que carece de sentido si no es explicado como fragmento de un discurrir en el tiempo. Ese discurrir, al ser considerado teleológicamente de un modo profético, debe conducirse apropiadamente si se pretende que coincida con la supuestamente obligada dirección de los cambios futuros. El nacionalista vincula, así, pasado y futuro a través de su práctica presente. El padado legitima. La historia es lo cotidiano considerado al margen de su dimensión temporal.

Al propio tiempo, mientras se redescubren los grandes mitos de la propia historia —en el caso gallego Atlántida, panceltismo, Santo Grial, etcétera—, se vincula etnia y cultura a través de la antropogeografía. Los hombres son diferentes (por la lengua, etnia, religión, cultura, etc.) porque diferente es el medio natural en el que, desde un pasado supuestamente remoto, viven. Pero esta explicación, que formaría parte de los argumentos con una mediocre causalidad lógica, contradice las formulaciones intuitivas, irracionalistas que, por lo común, forman la base, perfectamente asumida y reivindicada con orgullo, de la formulación global. Las contradicciones, no obstante, son desdeñosamente despreciadas, pues si son consideradas como incorrección se está produciendo el deslizamiento hacia la asunción de la sistemática racionalista. Los argumentos serán correctos o incorrectos únicamente en función de que coincidan y expliquen la idea de partida.

De este modo el nacionalismo gallego, en este caso ideología de persistencia frente a las ideologías de modernización, va asumiendo incluso aquellos rasgos doctrinales más llamativos de la «versión orgánica» alemana y cuyo trasplante a Galicia resultaba absolutamente innecesario. Por ejemplo, el énfasis en el factor étnico. De la vinculación gallego-celta-ario se pasará de inmediato a un antisemitismo explícito. La creencia en un parentesco originario, sentida subjetivamente como una nota diferenciadora común, lleva a la formulación de un «honor étnico» propio del pueblo elegido (13), pureza que hay que mantener a toda costa:

«Eu bendigo a endogamia que se sole dar nos galegos que
viven alén mar. Alédome cand'un galego casa cunha alemá ou

(12) M. Eliade: *El mito del eterno retorno*. Madrid, 1972, cap. III, págs. 89 a 128.

(13) Werber, ob. cit., pág. 321.

unha irlandesa, dame tristura velo casar c'unha italiana ou c'unha turca. Creio na seleución e na euxenesia, e sei as propiedades dexenerativas do mestizaxe» (14).

Y de ahí no había más que un paso que dar. Definido ya el «enemigo», —el castellano, el habitante de la península ibérica debajo de una supuesta frontera delimitada por los ríos Duero y Ebro— ese sería el «judío», diferente en todo del ario, situado al norte de la línea citada. Ese «enemigo» pertenece a las civilizaciones mediterráneas, semitas e islámicas, al cual se le pueden aplicar buena parte de los conceptos que los racistas alemanes aplicaban, por razones muy diferentes, a las comunidades semitas que habitaban en sus territorios.

Esos judíos de los que Risco, al regreso de su viaje a Alemania, describía del siguiente modo:

«Tipos encollidos, sen pescozo, cetrinos, sudorosos, marraus, con grasa na cinta da bimba, con caspa no cuello de terciopelo do gabán, con uñas reberetadas de negro, con dentes coor de tabaco. Tremen ao falar as barbas negrecentas, con fios de prata ou marelás, as barbas intonsas que se deixaron medrar o que puderón, longas e agrisadas nas patillas... Teñen algo de ratas e algo de macacos; é algo úneco, homes comos demais non son, ou disimulano. Nada deixa eiqui ver a sua forza formidabele, o poder imenso da Raza que eiqui vai celebrar seu Sabbath» (15).

párrafo suficientemente explícito para que necesite comentario alguno.

Lo que en Europa eran ya tópicos, mantenidos exclusivamente por los intereses de la contrarrevolución, fueron, en cierto modo, difundidos como si de ideas-fuerza se tratase. Las consecuencias de ello, dramáticas en tantos casos, fueron también causa de que el nacionalismo gallego siguiera un irregular camino hasta que, después de sucesivas excisiones, se adhiriera en febrero de 1936 al pacto del Frente Popular.

(14) V. Risco: «A Raza» en *A nosa terra*, ano V, núm. 151, noviembre 1921.

(15) V. Risco: «Mitteleuropa. Proseguimento Da Alemaña», en *Nós*, núm. 123, ano XVI. 15 marzo 1934.